

América en los libros

El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla, *María Seoane y Vicente Muleiro, Editorial Suramericana, Buenos Aires, 2001, 638 pp.*

«No, no se podía fusilar. Pongamos un número, pongamos cinco mil. La sociedad argentina no se hubiera bancado los fusilamientos: ayer dos en Buenos Aires, hoy seis en Córdoba, mañana cuatro en Rosario, y así hasta cinco mil. No había otra manera. Todos estuvimos de acuerdo en esto. Y el que no estuvo de acuerdo se fue. ¿Dar a conocer dónde están los restos? ¿Pero, qué es lo que podemos señalar? ¿El mar, el Río de la Plata, el Riachuelo? Se pensó, en su momento, dar a conocer las listas. Pero luego se planteó: si se dan por muertos, enseguida vienen las preguntas que no se pueden responder: quién mató, dónde, cómo».

Sin duda, el lector tiene motivos para inquietarse por estas palabras de Jorge Rafael Videla. Recluido en su apartamento del barrio de Belgrano, el viejo dictador ignora las responsabilidades históricas y cívicas de aquella feroz contrainsurgencia, cuyo balance entre 1976 y 1983 incluye doce mil crímenes de Estado. Acaso el desprecio tenga un motivo principal, y es que las leyes

de los hombres no son las propias del Creador inclemente que ha venido siendo su sostén: «Dios es el eje de mi vida y tengo la conciencia tranquila, a mí no me quedaron dudas, no hay contradicción en mí, no hay dualidad en absoluto». Lo dice quien negó todo ante los jueces y ahora se deja oír en esta biografía, quizá porque, de acuerdo con lo intuido por los autores, el silencio es insoportable para su escondido deseo de continuar modelando la historia. En ese extremo de la naturaleza humana, la lectura de estas líneas reactualiza un tiempo argentino que, si bien tiene herederos, aún carece de fiscales, a no ser en volúmenes como el que firman Seoane y Muleiro, directora y subeditor de *Zona*, el suplemento dominical del diario *Clarín*.

Cinco años de investigación y el concurso de un equipo de colaboradores han sido necesarios para llevar a cabo el desvelamiento de la tragedia. Confirma el acierto periodístico de la entrega el hecho de que su copioso aporte de documentos y testimonios —lo que se puede entender por el verdadero núcleo de la obra— haya sido enriquecido con tres entrevistas al personaje, en las que éste admite, a su manera, la verdadera naturaleza de los años de plomo.

Como se explica en las antiguas metamorfosis, esta biografía cita un buen número de pasajes donde están comprendidas las conversiones del villano. Videla es el joven solitario, insubstancial, rodeado por la muerte, cuya carencia de lealtades personales lo va empujando hacia dos instituciones que residen en la cima de la montaña: el Ejército y la Iglesia. El lenguaje de lo infalible es familiar a ambas esferas, y el hombre pequeño encuentra en ellas la idea de su destino, siguiendo de ese modo un privilegio de la guerra antigua. Surge de ese modo el diseñador siniestro, responsable de la desaparición clandestina de sus opositores, capaz de imaginar un cálculo sangriento sin contradecir la historia local, pues al cabo, también le cabe vanagloriarse de reencarnar un perfil tiránico propio del XIX.

La guerra fría fue un clima conveniente a su naturaleza pragmática. En buena medida, aprovechó los resquicios del enfrentamiento entre los bloques para disimular sus impulsos, eludiendo condenas y restricciones internacionales. Esta obra aporta varios ejemplos de ese zigzag: la difícil postura estadounidense —oscilante entre los métodos de contrainsurgencia de Fort Gulick y el gesto cívico de Carter— y la posición contradictoria de las dictaduras comunistas —la URSS proporcionó apoyo logístico al régimen y Pekín recibió la visita oficial

de Videla en 1980—. En todo caso, añadiendo otras dimensiones al modelo y al hilo de esta lectura internacional, tal vez convenga discurrir algo más en otro tipo de confusiones, peligrosamente populistas, que han entorpecido en la propia Argentina una postura unánime, eficaz a la hora de examinar los ardides y responsabilidades plurales de aquel periodo. Un acercamiento sin duda desdichado a este problema, intraducible judicialmente por causa de aquellas leyes de Punto Final y Obediencia Debida que en 1987 exculparon a toda la cúpula militar. Hay sin embargo que atemperar lo dicho con la mención de iniciativas como la del juez federal Cavallo, que quizá acaben siendo útiles para erosionar la inmunidad de los represores, atendiendo por fin a informes como el que ofrece este libro, tan oportuno como alocucionador.

Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910), Gabriela Nouzeilles, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2000, 279 pp.

Después de defender estas páginas como tesis de doctorado en la Universidad de Michigan, Gabriela Nouzeilles las reelabora en forma de libro. Su perspectiva, muy sugerente, se caracteriza por hacer hin-

capié en las estructuras maleables, somáticas, de la expresión nacional. La autora no se equivoca al sostener que las naciones son proyecciones metafóricas, o por mejor decir, relatos persuasivos que se erigen en fundamento al atribuir a la comunidad la persistencia de un sujeto. Es importante comprender que, por medio de dichos relatos, la arquitectura nacional se advierte como la inevitable formulación de un proyecto que, a través del tiempo histórico, presenta pruebas, acumula datos y construye la argumentación de las esencias locales. Estudiar toda la gama de isomorfismos que establece el esquema, manifiesta que dicha red causal se asienta en aquello que la autora considera una ilusión doble, inspirada, por un lado, en la idea de que las generaciones sucesivas y coterráneas se transmiten a modo de herencia una consubstancialidad; y por otro, en la confianza de que el camino de progreso, culminado por los nacionales de hoy, era el único posible desde esos esquemas perceptivos.

De acuerdo con la premisa de este ensayo, arribamos a las expresiones de proyecto y destino como figuras concordantes que *narrativizan* la nacionalidad. Por consiguiente, el predicado se va poblando de relatos familiares. Sin creer del todo en el papel crucial que desempeñan, los anales de la vida amorosa incurren en estructuras darwinistas y brotan nuevas modulaciones de dicha iden-

tividad. Con el propósito de aplicar ese instrumental metodológico a la corriente naturalista, Nouzeilles busca el fondo común de novelas como *La gran aldea* (1884), de Lucio V. López; *¿Inocentes o culpables?* (1884), de Antonio Argerich; *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1888), de Eugenio Cambaceres; *Irresponsable* (1890), de Manuel F. Podestá; y *Libro extraño* (1894-1902), de Francisco Sicardi. Y ese fondo común reside en el hecho de que sus tramas construyen literariamente el difícil ayuntamiento entre los criollos, el aluvión de inmigrados y las clases populares nativas.

Nouzeilles atina al insistir en que las ficciones somáticas del naturalismo argentino recitan la identidad con una lógica médica que viene a demostrar cómo, al tiempo que la maquinaria narrativa produce y homologa a los nacionales, también arroja de esa comunidad imaginaria a quienes cataloga como digresiones. De ahí que, al abordar ese pacto de sentido entre literatura, nacionalismo y saber médico, calcule el enunciado darwinista de la argentinidad, tan contumaz en obras como *Libro extraño*. No en vano, las páginas de Sicardi coinciden con la doble alienación del ser argentino que impuso el modelo del crisol racial, conectando tanto las percepciones de los criollos inquietos ante la oleada de inmigrantes, como las de la intelectualidad de

origen foráneo, que buscaba diferenciarse de la oligarquía y de los nativos. Fecundo en direcciones potenciales, este caso específico sirve a la ensayista para afirmar que ambos grupos «hicieron suya la convicción de que, en términos raciales, la argentinidad sería el resultado de un mestizaje selectivo reforzado por la imposición de una cultura nacional centrada en la figura legendaria del gaucho».

Abundan las pruebas de esa representación múltiple y consecutiva en este magnífico ensayo, y aunque las evaluaciones no puedan medirse cuantitativamente, al estilo de ciertos proyectos antropológicos, no cabe duda de que su interés va mucho más allá del mero análisis literario. Diseñando un convincente escenario, Gabriela Nouzeilles acredita diversidad de saberes y sondea con este programa transdisciplinar los intervalos narrativos bajo los cuales se organiza la identidad.

Shiki Nagaoka: una nariz de ficción, Mario Bellatin, Editorial Sudamericana, Barcelona 2001, 94 pp.

Antes de considerar este libro de Mario Bellatin (México, 1960), conviene recordar su gusto por la cultura japonesa —hace poco presentó la novela *El jardín de la señora Murakami* (2001)— y su sensibi-

lidad hacia ese modelo de biografía imaginaria que inauguró Marcel Schwob. En ambos aspectos, *Shiki Nagaoka* da forma a una reconstrucción de lo japonés, y entre líneas, proclama la impostura feliz de quien ofrece a los lectores la semblanza de un personaje apócrifo. Personaje que, por cierto, ha engañado a más de un crítico, persuadido de la existencia real de ese Nagaoka cuya nariz es tan desafortunada y pintoresca como su vida. Por añadidura, Bellatin le adjudica la virtud de escribir textos en inglés o francés para luego vertirlos a su idioma nativo. También lo retrata como un monje budista cuyo desvío físico deploran sus compañeros de monasterio. Y para finalizar, hace de Shiki un entusiasta de la fotografía narrativa, lo cual es una mera confirmación del gusto por esa fórmula que cultivó Juan Rulfo.

Erróneas o no, las atribuciones históricas fecundan el simulacro y le dan cierta simetría. Esto permite al autor divagar cómodamente por conceptos como la identidad enfermiza del protagonista, desequilibrada por un físico inadmisibles para él; su búsqueda de un género escueto, que le permita captar la realidad; y por otros derroteros, la fatalidad acostumbrada en precursores como él.

El volumen se completa con dos narraciones —el anónimo del siglo XIII «La nariz» y el cuento homónimo escrito por Akutagawa en